

precisamente el que escogió: cualquier otro hubiese producido efectos contrarios.

Los compañeros de *Villa Macri* decían luego, bromeando:

—Ferrini nos ha hecho aprender incluso la doctrina cristiana, enseñándonos cuáles son los días de ayuno y cuándo las temporadas.

Pero donde Ferrini encontró su alma gemela fué en la Universidad de Módena; el profesor Luis Olivi, catedrático de Derecho Internacional, hombre de vasta erudición y auténticamente cristiano. Intimaron pronto.

Las pocas horas no dedicadas por Ferrini al estudio, a la oración o a las tareas de cátedra las compartía con su compañero de claustro. Comían ordinariamente juntos, juntos paseaban, juntos iban a casa de algunos otros íntimos, como el profesor Sabbatini, y juntos muchas veces oraban. «¡Cuántas veces—dice Olivi—lo vi y lo contemplé orando..., cuánto lo veneré por su actitud ante el altar! ¡Qué tema de edificación resultaba para el pueblo al reparar en aquel compañero mío tan bueno, tan docto, tan célebre, postrado delante del santo tabernáculo, rodeado como de una aureola de santidad! ¡Era la grandeza de la ciencia que se inclinaba reverente ante la grandeza de la fe!».

En los atardeceres dominicales solían hacer, a pie, largas excursiones hasta los pueblecillos vecinos.

Por eso Olivi, que tan íntimamente conoció a Ferrini, fué luego el apóstol incansable para que se iniciase el proceso que atestiguará la heroicidad de las virtudes de su amigo. Y es curioso que cuando Olivi, después de varios años de santa insistencia y de oración, ya abierto el proceso, fué a declarar en él por segunda vez, salió, ante el Tribunal episcopal, un ataque de parálisis que le privó de la palabra y, poco después, de todo sentido. Se invocó fervorosamente la protección de Contardo Ferrini para que, al menos, pudiera recibir los Sacramentos; Olivi recobró el conocimiento, recibió el Viático y, a las dos semanas del ataque, pasaba a mejor vida, el día de Santo Tomás de Aquino de 1911.

La conversación de Ferrini, de gran amplitud cultural, era alegre y a veces salpicada con alguna ingeniosa sátira que agradase sin ofensa. Porque lo más doloroso para él era que la conversación amistosa degenerase en maledicencia. Entonces, como en el caso de alguna expresión inconveniente, reflejaba en el rostro el pesar que ello le producía. «Se entretenía—dice uno de sus compañeros d'excursiones alpinas—en amistoso y grato conversar hablando de los encantos de la Naturaleza, de los pequeños episodios cómicos

